

EPÍLOGO

Francisco Pérez González

Hay una edad en la vida humana en la que, queriendo o sin querer, se mira más hacia el camino ya recorrido que hacia el que se tiene por delante. La memoria tiene una fuerza mayor que la esperanza, y pesa más el balance del pasado que el presupuesto del futuro. Por esas razones, hace algún tiempo fui sensible a la pregunta de un amigo: ¿Por qué no se escribe la historia de la editorial Taurus? Desde aquel momento no dejé de darle vueltas a esa sugerencia. Alguien cuyas opiniones me merecen el mayor respeto —Olegario González de Cardedal— me animó en el mismo sentido. Y una conversación con Antonio Lago Carballo me hizo pensar en que él —a quien conozco desde hace muchos años y cuya labor como historiador de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander me pareció muy acertada— podía ser un buen animador y coordinador del sugerido libro sobre Taurus.

Y así ha sido. De común acuerdo, trazamos el esquema del libro y elegimos a los colaboradores principales. A todos ellos —Olegario, Francisco Pérez Gutiérrez, Antonio Morales Moya, Javier Huerta Calvo y José Luis García del Busto— quiero reiterarles mi gratitud por sus escritos y, de modo especial, por haber asumido, con actitud crítica e independiente, el análisis y comentario de los libros editados por Taurus. Con agradecimiento y emoción he leído los testimonios de Rafael Gu-

tiérrez Girardot, Jean Bécarud, Emilio Lledó, Javier Pradera y Fernando Savater.

Debo confesar que la lectura de las crónicas de Antonio Lago y de Ángel Vivas me han servido para reavivar los recuerdos de lo que ha significado Taurus en mi vida a lo largo de cincuenta años. Y al hilo de mis recuerdos se enhebran las figuras de los que han ayudado en la tarea de llevar adelante la empresa. Así, quiero citar los nombres de los que han presidido la sociedad: José Antonio Carranza, Rafael Salgado Blanco, Antonio Garrigues y Díaz Cañabate, amigo ejemplar muerto poco tiempo antes de sentarme a escribir estas líneas, y Jesús de Polanco, presidente del Grupo editorial Santillana, en el que Taurus se integró en mayo de 1986. Con Jesús he compartido «trabajos y días», pues nuestras vidas han sido y son, en gran medida, paralelas. De nuestra amistad podría decirse que es entrañable.

También quiero testimoniar mi reconocimiento a cuantos formaron parte del accionariado de nuestra sociedad: Arturo Fierro, José María del Rey Villaverde, Jesús Rodríguez Salmones, Ramón Varela, Gregorio Marañón Moya, el conde de Mieres..., por sólo citar a los fallecidos.

Por supuesto, está muy presente en mi memoria la labor llevada a cabo por los directores sucesivos de Taurus: Francisco García Pavón, Jesús Aguirre, José María Guelbenzu, Juan Cruz, José Antonio Millán y María Cifuentes.

En este capítulo de mis deudas de gratitud ocupan un lugar primordial las que contraje con los grandes señores de nuestras letras —Xavier Zubiri, Pedro Laín Entralgo, Américo Castro, José Luis L. Aranguren—, quienes me aconsejaron generosamente y disculparon mi ignorancia.

Y también unas líneas de agradecimiento para los lectores que nos han acompañado y estimulado con su fidelidad, y para los críticos literarios y científicos que nos han ayudado con su exigencia.

Una confesión final: repaso las galeradas de este libro y pienso, con humildad y orgullo entreverados, que ha merecido la pena todo cuando se ha trabajado en y por Taurus. Y pienso y creo también que, dada su alentadora vitalidad, hay motivos fundados para la esperanza en su futuro.